

10/1089-61)

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

PEPITA TURINA

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

BIBLIOTECA NACIONAL

Sección Chilena

ubicación 10 (1089-61)

Año 1970.

SYS 676295

BIBLIOTECA NACIONAL



1066656

676295

10;(1089-61)

LIBRARY
UNIVERSITY OF TORONTO
JAN 21 1961

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Claudio Orrego Vicuña
Arturo Valdés Phillips

¿Quién soy?

PEPITA TURINA

El pasado está hecho de imágenes sensibles, de imágenes intelectuales y en el recuerdo toda imagen tiene grados de irrealidad.

Somos capaces de recordar de muchas maneras y en lo que evocamos, el sentimiento, el pensamiento actuales, van bordando sobre la misma trama otro tapiz.

Mi imaginación actual tiene otra luz, otro tiempo. Ya lo externo no existe. Sólo tiene interioridad. Entre tantos olvidos la imaginación construye sus mitos. Cuando en nuestros años maduros recordamos algo de nuestros años inmaduros, le damos la mentira de la madurez que en el tiempo de suceder no tuvieron.

Espectadora emocional de lo vivido, lo reconstruyo tratando de darle un tono entendible y aún he hecho lo posible para que no sea aburridor.

Esta autoconfesión se puede titular: MILLONES DE SEGUNDOS EN OCHO MIL PALABRAS.

¡Qué supersíntesis es hablar una hora de más de sesenta años de vida!

Nací en Punta Arenas, en el primer cuarto de este siglo, hija de padres yugoslavos (precisamente croatas).

El origen de mi apellido viene de Turinocelo, que quiere decir: pueblo de los Turina. Todos los habitantes se llamaban Turina. Mis padres, sin ser parientes, tenían el mismo apellido, por lo tanto, soy Turina Turina.

La mayoría hace derivar este apellido de Turín, y dicen que soy italiana. Los que saben música no ignoran que en Andalucía nació el compositor Joaquín Turina, y aseguran que soy española. Muchos creen que es seudónimo y que lo elegí porque suena bien.

En fichas de Bibliotecas (entre ellas la de la Casa Central de la Universidad de Chile), dice: Pe-

pita Turina (pseud.). Poco me conocen donde trabajé. Fui Catalogadora de esa Biblioteca durante seis años. Y donde menos deberían cometer errores es en la Universidad de Chile, que fue cuna de los Estudios Biblioteconómicos, Bibliotecológicos, y da hoy el título de Bibliotecario.

Aunque me llamo Joseja, Pepita no es seudónimo. Es el familiar de las Josefinas, Josefás, como Pepe lo es de José. ¿Por qué no se cataloga a Walt Whitman como seudónimo, si se llamaba Walter Whitman y no el abreviado Walt?

Nací la última, teniendo dos hermanos y siete hermanas mayores —bastante mayores—. Las cuatro primeras tenían ya la edad suficiente para haber sido mis progenitoras.

Me cuidaron desacertadamente y me criaron desamparada. Entremedio de ese enorme familión, era *sola*. Mis hermanas mayores se enamoraron y se empezaron a casar cuando yo tenía tres años. Por eso, a los cuatro, cuando se me preguntaba cómo me llamaba, respondía: Pepita Turina y Tía. Ese era mi título nobiliario.

El miedo y la inseguridad han sido las constantes de mi vida.

Cuando empecé a caminar, no pasaba si había un hilo en el suelo. Esto lo oí contar muchas veces como una *gracia* de la niña. Yo lo encuentro *aterrador*.

Ahora, paso sobre grandes obstáculos, pero, grandes o pequeños, tiemblo igual.

La descarga de adrenalina en mi organismo ha sido —y es— permanente. No sé cómo no me han mordido todos los perros.

El miedo y la inseguridad han superado en mí todas las emociones. Y por eso no pude, ni puedo ser alegre. Todas las variaciones psíquicas son en mí posibles, menos la alegría. Como sé que no puedo tenerla, jamás la busco. La risa ha sido para mí algo completamente externo. Nunca mi alma se ha dado cuenta que he reído. La felicidad, la alegría vienen y se posan en un resquicio de nosotros. Carezco de ese resquicio. El entretejido de mi alma y de mi cuerpo es de tan tupida composición, que cada suceder viene hacia mí en un choque estremecedor. Nada puede invadirme sin golpear.

Hace veinticinco años tuve una operación al cerebro —me extirparon un tumor auditivo— y como resultado postoperatorio, quedé con una parálisis periférica al lado derecho del rostro.

Como al reír, desde entonces sólo podía hacerlo

con la boca torciéndose hacia un solo lado, en un gesto horrible, dejé de reír para siempre. Nunca un defecto físico pudo favorecer mejor un estado de ánimo. Al acostumbrarme a no reír jamás, realicé externamente mi verdad más íntima.

Mi niñez transcurrió en el tiempo de las tarjetas postales y del gramófono. Hoy, cuando digo: “es del tiempo de la tarjeta postal”, quiero significar algo siútico, cursi, pasado de moda.

La afluencia de tarjetas postales a las casas era tal, que había álbumes para guardarlas y tarjeteros para lucirlas en las paredes. Y hasta en los cajones más secretos se encontraban atados de ellas. En mi casa hubo todo eso.

Cuando llegó para mí el tiempo del amor, ya había caído en desuso el envío de tarjetas postales amorosas. Pero, en mi niñez, los cortejantes de mis hermanas mayores me enviaban tarjetas con verisitos para mi cumpleaños. Y en mi adolescencia recibí tarjetas postales de mis amigas y de un primo, con quien, premeditadamente, nos escribíamos para “juntar” esas cartulinas y nos empeñábamos en buscar las que nos parecían de mejor gusto. Guardé durante mucho tiempo tarjetas que

representaban niñitos o escenas infantiles, ramos de flores, algunas con rosetones en relieve que formaban verdaderos escenarios, que se podían abrir y cerrar en planos superpuestos.

Vi a mis hermanas emocionarse con aquellas otras que eran muestras de afecto y lazos de conquista y que, además de las escenas de amor, tenían una cursilería reforzada por frases copiadas del "Secretario de los Amantes".

Este libro aún se vende en cierto tipo de librerías y todavía ayuda a ciertos enamorados tímidos a quienes les faltan dones para saber escribir sus efusiones amorosas. Pero entonces, era muy corriente que los mejores jóvenes, copiaran frases de ese libro de ayuda a los enamorados, que contiene modelos de cartas de amor. Y había algunos tan poco imaginativos —uno de esos le tocó a una hermana mía—, que copiaban textualmente, sin cambiar una sola coma, lo que esas páginas encierran. En sus declaraciones de amor, no se daban el trabajo de redactar ninguna expresión personal, nacida de sus encendidos corazones.

Era el tiempo del recato, de los rubores fáciles, pero la tarjeta postal era la audacia de la confesión amorosa y del juego del enamoramiento.

Las actitudes de las parejas representadas en ese

rectángulo de cartulina resultan hoy incomprensibles. Las doncellas castas que iban al teatro dos veces al año, que salían a la calle muy de vez en cuando con la mamá, con las parientes o las hermanas mayores, recibían postales en que el varón, en encendida actitud, le estrechaba los pechos a la dama, o en que reposaba la cabeza en un escote audaz, o que le estrechaba la cintura con un entusiasmo realmente pornográfico.

Los enamorados de la época aprovechaban la tarjeta postal para demostrar lo difícilmente confesable y para hacer ruborizar a las jóvenes del 1900.

Ahora, que las jóvenes salen de día y de noche, con sus amigas, con sus enamorados, con sus cortejantes, para ir al cine a ver películas muchas veces no recomendables para señoritas, y que van a las piscinas donde lucen sus cuerpos en audaces tangas, y bailan el botecito, el mambo, el rock and roll y otros contorsionados bailes, se avergonzarían de recibir una tarjeta del tipo de aquellas coloreadas y pomposas escenas de amor y serían capaces de considerarla una falta de respeto.

De aquel tecnicolor de otros tiempos se ha pasado a la simplicidad de que las mujeres de hoy reciban declaraciones de amor escritas a máquina,

en papel con membretes comerciales, o en aquellos otros casi ingrátidos que transportan por los aires el correo alado de los aviones.

El ambiente de mi casa era aintellectual. No había libros y mi padre opinaba que leer era una pérdida de tiempo.

Cuando empezaron a entrar los novelones por entregas, yo, púber, y siempre prohibida para leer, busqué en horas propicias "El Coche N^o 13", de Xavier de Montepin, que mis hermanas escondían debajo de la cama. Y entre mis compañeras de colegio tuve una que acostumbraba a leerse un libro cada día y que empezó a prestarme sus autores favoritos: Vargas Vila, Pitigrilli, Guido da Verona, es decir, los más eróticos novelistas del momento.

Mi padre no alcanzó a saber que la menor de sus hijas iba a tener el vicio de la lectura y que, además, confeccionaría libros. Creo que si hubiera vivido lo suficiente para saberlo, la sorpresa de este insólito resultado genético, lo hubiera divertido.

Tenía veintiún años al terminar de escribir, en Valdivia, mi primera novela.

La empresa *Letras* en Santiago, acababa de lan-

zar, con gran despliegue de publicidad, una de las peores novelas de la literatura chilena, lo que me indujo a pensar que la mía era mejor. Amanda Labarca pertenecía al Consejo Editorial de esa empresa y se me ocurrió enviarle los originales. Al devolverlos, me escribió: “No publique esa novela, después se va a arrepentir”.

Por esa posibilidad remota e incierta, no me fue posible eludir lo que el presente me exigía. No pude postergar lo impostergable. Ignoraba cuánto podía esperar. ¿Podemos decir alguna vez que no nos equivocaremos, que no nos arrepentiremos jamás? Muchos creen que los desaciertos juveniles se esfumarán llegada la madurez. Las equivocaciones no tienen edad.

Goethe hace decir a Mefistófeles, en Fausto: “Si no te extravías no encontrarás jamás el camino de la verdad”.

Empeorando mis intentos, envié la novela a la Editorial Ercilla, que estaba en auge con la publicación masiva de libros baratos, generalmente mal impresos.

¡Cómo la imprimió! En pésimo papel, casi sin márgenes y, para ahorrar páginas, ni siquiera están separados algunos capítulos, ni siquiera cuando entre uno y otro mediaba un lapso de tres años.

A pesar de todo, ese libro me dio un renombre local. Aparecieron artículos de connotadas firmas de la provincia, ocupando un lugar destacado, a varias columnas, en el diario "El Correo de Valdivia".

Valdivia se conmovió con su primera joven novelista. Me ofrecieron una comida que produjo mucha polémica, porque se invitaba a los *intelectuales* a participar en ella. Hubo explicaciones, en varios artículos, qué es y qué no es ser intelectual.

En esa comida uno de los oradores fue Alvaro Bombal. Su discurso fue reproducido en el diario, en la primera página y a todo lo ancho de ella. Uno de sus párrafos decía así:

"La publicación del libro de Pepita Turina ha sonado como una campanada argentina en medio de los pitazos de las fábricas. Porque Valdivia es la ciudad más plutocrática del país y aquí sólo se comienza a creer en un individuo cuando ya ha amasado por medios lícitos o ilícitos una fortuna. Esta hermosa ciudad está entregada al culto del becerro de oro, lo que repugna a quienes creemos que la vida es algo más que una carrera loca y desmedida tras el dinero".

"Y así como tantas veces nos sorprende descubrir de pronto una hermosa calle de dos o tres cua-

dras que caracolea para ir a morir junto a un bajo pintoresco o en la ribera del río, así también descubrimos a veces valores ocultos, vidas preciosas, flores raras, que estaban escondidas entre los infinitos pliegues del sinuoso y ambiguo mundo social de Valdivia”.

La edición del diario se agotó, comprado sobre todo por los alemanes, que se sintieron ofensivamente aludidos.

Aquella noche se fundó con algunos de los comensales, el *Círculo de Difusión Cultural de Valdivia*. Este Círculo desarrolló una intensa labor cultural, propiciando conferencias, inaugurando el Primer Salón de Bellas Artes, al cual concurrieron las más destacadas firmas de la plástica chilena.

Entre los invitados a dar conferencias estuvo Angel Cruchaga Santa María, quien desde Santiago fue a hablar sobre Rimbaud. El poeta, conmovido por mi “celebridad”, escribió y publicó allá la siguiente poesía:

PERFIL DE PEPITA TURINA

*En la ciudad del sur, tímidamente fina,
lánguida y azul camina en su fragancia*

*y su cuerpo y su nombre andan; y ella fascina
como la lluvia, como la muerte, como la distancia.
Después de tanta vida, después de tanta errancia,
de tanto resquemor, ahora que declina
el mundo en nuestras venas, oh ferviente elegancia
cantemos el prodigio de Pepita Turina!
Suave, enamorada del tiempo, compañera . . .
En ella todo brilla del pie a la cabellera.
Y como es la princesa de esta lluvia gris
le pedimos al cielo en una letanía
de que apresure nuestra armoniosa agonía
Ah, Pepita Turina, cómo hacerte feliz!*

Mi novela *Un Drama de Almas* (1934), remedió tanto la vida de Valdivia y la mía, que hasta me dio marido. Llegó de paso por la ciudad un santiaguino. Escribía y, por ello, se acercó al director del diario. Allí le hablaron de la “rutilante” escritora. Quiso conocerme. Y vino lo demás.

Los amigos le decían:

—Tú no viniste a Valdivia por *turismo*, sino por *turinismo*.

Y qué sucedió años después.

En una conmemoración de aniversario del Li-

ceo de Hombres de Valdivia, que se hizo aquí, en el Círculo Valdiviano de Santiago, en 1976, lo dije:

Aunque Valdivia no es mi ciudad natal, por muchas razones la llamo MI PUEBLO.

Valdivia, a la que llamaron “la ciudad de madera” porque no sólo sus casas sino también sus calles eran del material de los árboles, es la ciudad donde me eduqué, donde aprendí a tocar el piano, donde publiqué mi primer cuento, escribí mi primera novela, dicté mi primera conferencia y me casé la primera vez.

Viví allí veinte años consecutivos. Fueron mis pies de colegiala los que empezaron a transitar por esas calles tortuosas, de diversas y variadas dimensiones, algunas desniveladas, colgando hacia el río, chapoteando en los charcos que dejaba la lluvia, cuando su suelo conocía como empedrado de las más céntricas el adoquín y los tablones. Mis ojos miraron las maderas color harapo, los cercados y las casas trasminadas de lluvia, las rejas herrumbrosas, el río que tiene suicidios, idilios y faenas, las hortensias más lindas e intensamente azules de sus jardines particulares, los tilos de la plaza, cuyas flores medicinales recogían los scouts en su época propicia.

Allí viví mi juventud, sus peligros y sus inquietudes.

Hace ya un tiempo de mayúsculas que fui escolar, que corrí por las calles, apurada por la hora de mis repetidos atrasos escolares —porque nunca me ha gustado levantarme temprano—. Aunque hay mucho de inamovible, nada es igual. El Liceo de Niñas no es ya el mismo. Otro es el edificio y otra la ubicación. Mis profesoras ya no están. No permanezco allí, sino en los archivos escolares, con un nombre y dos apellidos, una clasificación escueta de notas y de conducta y nada más. Es apenas un indicio de la inmensidad de mis años juveniles.

Y aunque tuve lo que puede llamarse “una celebridad local”, hoy —lo he comprobado, porque he estado de paso en Valdivia más de una vez— he sido olvidada. Soy NADIE. La juventud de hoy no había nacido cuando yo estaba allá. Algunos que han escrito sobre la vida intelectual de Valdivia ni siquiera me nombran. Una vez más se comprueba que los escritores no son tan importantes como se creen.

El norteamericano Scott Fitzgerald, célebre autor de tantas excelentes obras, entre ellas “El Gran Gatsby”, llevada al cine, que por eso la sa-

bemos más, ha dicho: “He llegado sólo a ser un escritor”.

Todos debiéramos decir lo mismo.

Al publicar mi segunda novela ya era viuda, y vivía en Santiago. Con ella empezaron las grandes equivocaciones. Para mí, las equivocaciones son injurias. El juicio privado condenatorio de Amanda Labarca no es tan objetable. Mi novela de los veinte años era un balbuceo y sólo la imaginación desbordante de una jovencuela pudo generar esa prosa tan pobre de adjetivos, en que el entusiasmo narrativo era su único mérito.

Pero, *Zona Intima: la Soltería* (1941), era una novela escrita con mayores conocimientos.

El dibujo de la portada hecho por Huelén, el hijo de Juan Francisco González, representaba una mujer desnuda reflejándose en un espejo de agua. Llamarse *Zona Intima* y tener una mujer desnuda en la tapa, ¿quién podía dudar de que no se trataba de un libro pornográfico? Al exhibirlo, muchos creyeron eso y, por tal motivo, se vendió.

Ricardo Latcham dijo en su crítica literaria de “La Nación”, que yo “era una señora que escribía buscando palabras en el diccionario”. Confieso que

en el lapso en que escribí esa novela no tenía diccionario. Ahora tengo una enciclopedia y un diccionario. No podría defenderme de tan maligna aseveración, como lo hice aquella vez, en una mientrevista aparecida en la revista "Vea".

Alone aseguró en "El Mercurio", que sólo en la página no sé cuánto "se adivinaba un alma de mujer".

Explico. La novela, en su tercera parte, es epistolar, y no siendo autobiográfica, sino analítica, fueron incluidas *auténticas* cartas de amor, con muy pocas variaciones para que se adaptaran al tema tratado. Lo que indica, que el primer destino de esas cartas no fue llenar las páginas de una novela. Si las cartas de amor que una mujer escribe —buenas o malas literariamente— no dejan traslucir su alma, ¿qué entonces?

En la revista "Atenea", de la Universidad de Concepción, se publicó un comentario en que se aseguraba que el argumento de mi novela derivaba de Henry de Montherlant. ¡Y yo no lo había leído nunca! Lo busqué entonces para leerlo y saber a quien imitaba y descubrí que el tema insistente de los libros del escritor francés era la soltería de las mujeres.

No necesitaba a Montherlant para documentar-

me sobre la soltería. Estaba envuelta en esa asfixia. En mi casa de Valdivia fui perseguida por las lágrimas y los fracasos de mis hermanas y sus amores irrealizados. Y yo misma, había llegado a los veinticinco años sin casarme. Y eso, en aquellos años, mucho más que en Francia, en el ambiente provinciano de Chile, llevaba como marca la insidiosa palabra: solterona.

El yerro no literario que involucró un cambio en la vida privada, fue el de Oreste Plath. Vio llegar a la Alianza de Intelectuales a una joven viuda, sin hijos (él también era viudo sin hijos) y creyó en una apasionante aventura. Yo no era fácil ni apasionante. Cayó en el vínculo legal. El se encuentra aquí. Pueden preguntarle cómo le ha ido en los 33 años de matrimonio.

En el mes de enero de 1976 fui a conocer Magallanes. Para mí, era una tierra sin recuerdos, porque me fui de ella siendo una niña de cinco años.

Llegué a Punta Arenas, descendiendo de un avión Jet, en un aeropuerto, habiendo partido de

ella cuando no se habían inventado todavía esos medios de transporte.

Pero me recibió lo inmutable: el frío, el cielo nuboso, el paisaje polar en que la claridad estival dura cada día veinte horas, y vi, a las cinco de la mañana la aurora en el Estrecho de Magallanes, en las calles desiertas, bajo el azul del cielo, sobre los techos rojos de pintura impecable de las casas puntarenenses. Y también vi el sol, mayestático, ocultándose recién a las diez de la noche, posado en el horizonte.

Estaba en una tierra en la cual había nacido, para la cual no traía recuerdos enlazados, en la que nací de nuevo, ya no en el ancestro, sino en los sentidos para mí más golosos: la vista y el oído.

Conocí las esquinas del viento, donde para cruzarlas de niña me llevaron fuertemente cogida de la mano, para que no me arrastrara. Conocí el clima y el mar de mi olvidada infancia, la faena de la esquila, el cuadro "perfecto" de un ovejero con un piño de dos mil ovejas, 3 perros, su caballo y una ovejita acalambrada que llevaba en los brazos, delante de él, en su montura.

Conocí el color que da la intensidad de los siglos a los glaciares milenarios, el ruido del hielo

que se parte y se desprende para caer en una laguna de ensueño.

Vi los árboles de hojas brillantes y puras, en el aire natural, sin smog: los troncos erguidos, caídos o doblados en las formas más extrañas por la impetuosidad del viento. Y también los árboles petrificados que se encuentran en el camino a la paleolítica Cueva del Milodón.

Si hubiera vivido permanentemente en Magallanes, no me hubiera dado esa visión de belleza. Nada de lo que es repetido impresiona así. La cotidianidad no presta esa excitación. Por eso, Punta Arenas fue para mí un acontecimiento. Y mi observación emocionada le dio un significado intenso. Le presté esa atención que se da a todo aquello con lo cual no estamos familiarizados.

Veinte años viviendo en Valdivia, donde nací literariamente, y cuarenta en Santiago, no me hacen valdiviana ni santiaguina. El lugar donde se nace es como la patria: no hay más que una sola. Las nacionalidades adquiridas son fórmulas, papeles, disposiciones. Nada ni nadie puede quitarnos la condición, por fortuita que sea, de pertenecer al punto geográfico de esta esfera terrestre y celeste que rueda por la magnitud del Cosmos.

Mi padre llegó a un mundo sin pasado, donde

el presente había que hacerlo para tener un futuro. Todo era posible de ensayar. En Magallanes se regalaban hectáreas de tierra según el número de hijos que se tuviera. El tuvo doce y no hizo ningún trámite. No pidió tierras ni crió ovejas. Criar ovejas era para él poco aliciente. No tuvo oídos para el tono pastoril. Instaló una carpintería, construyó casas y muebles. Al final de sus años magallánicos abrió uno de los más grandes salones de patinaje en ruedas, en una casa de dos pisos, que fue su última audacia de constructor. Creo que fue la primera casa de dos pisos hecha en Punta Arenas. Allí me tocó nacer, y patinar, porque al cumplir yo los dos años, hizo unos patines para mis pequeños pies. Yo, no sólo patinaba desde tan temprana edad. También trasnochaba. Y en brazos de mi madre y en la de los asiduos amigos al bar del salón de patinar, como era una niña tan mal enseñada, regaloneaba y pedía licor de cacao. Nada más diferente a mi futura manera de ser y a mis preferencias por venir, que el comportamiento y mi ambiente de infancia. Trasnochaba y bebía alcohol y no me gusta beber ni trasnochar. Viví en casas siempre céntricas, porque mi padre dispuso que su familia habitara donde él tenía su trabajo. Casas sin árboles y sin libros. Y me dis-

gustan para vivir las calles comerciales, tanto como me atraen los árboles y los libros. Leí en mi pubertad novelas eróticas y me desagradaba el erotismo.

Antes de ir a Punta Arenas había viajado a Europa, dos veces. Las circunstancias fueron más favorables para ir a un continente tan lejano.

En 1966 fui sola a Yugoslavia, al X Congreso de IBBY (Organización Internacional para el Libro Infantil-Juvenil), de cuya Sección Chilena era cofundadora y secretaria.

Finalizado el Congreso, fui a Roma, París, Madrid, Sevilla, Córdoba, Granada, Alcalá de Henares y Toledo.

En 1971, mi marido —Oreste Plath—, debía efectuar en Madrid, en el Museo de las Américas, una exposición de Platería Araucana. Y fui con él.

De esos viajes tengo escrito un libro que no se ha publicado, ni se publicará. Ya hay en él mucho de obsoleto que le resta interés, especialmente tratándose de España.

He aquí algunos párrafos referentes a Yugoslavia:

Europa irrumpió ante mí en el sol de España,

en un amanecer contemplado desde el avión. Mi reloj había perdido su exactitud. Se había transformado en inexacto. Señalaba las 3 de la mañana de Chile y eran las 7 de la mañana de España. Yo tenía deseos de dormir y era hora de despertarse. Había dejado en mi país la primavera y me recibía el otoño.

Continuando la ruta aérea, cambiando dos aviones más, seguí pasando sobre el diseño geográfico de Dios (las montañas, los bosques, los ríos, los mares), sobre el diseño de los hombres (las ciudades), hasta llegar a Yugoslavia.

Avancé hacia lo indefinido. A un tiempo me acosaron cientos de impresiones.

Entré a Yugoslavia, el país de origen de mis padres. Eran las 8 de la noche. Entremedio de las extracciones que habían hecho de mí otras costumbres, otras comidas, otro idioma, otro clima, sentí en mi sangre que estaban mis antepasados. Había volado un día, una noche y otro día. Cansancio y sueño. Dormir, dormir en otro continente, bajo otro cielo. Dormir.

En la primera mañana del mundo socialista me levanté temprano a mirar por la ventana. Enfrente se estaba construyendo un edificio de muchos pisos. Era la parte moderna de Zagreb. Un tran-

vía eléctrico con acoplado iba pasando. Un reloj marcaba la hora en la esquina más cercana. Era la capital de Croacia, región de mis padres, pero no era el mundo que ellos vivieron, aunque una niña acababa de salir de la puerta de una casa, para pasear a la muñeca que llevaba en sus brazos, repitiendo un gesto ancestral.

En la tarde, paseando por Zagreb, buscando donde comer algo, encontré Strudel, postre tan austriaco-alemán como yugoslavo, introducido seguramente bajo el Imperio Austro-Húngaro, en aquel entonces en que Francisco José era el emperador de esas regiones. Fue el postre predilecto de mi infancia, el postre hecho en Valdivia con la prolijidad de los quehaceres alimentarios que tanto fascinaron a mi madre, y cuyos resultados—cuando se trataba de guisos chilenos—, tenían un sabor diferente, como un idioma extranjero que por bien que se aprenda, tiene una modulación atávica imposible de destruir.

Cuando dejé Zagreb, para ir a Ljubljana, capital de Eslovenia, el autobús me llevó durante casi dos horas por una espléndida ruta asfaltada. La vegetación no estaba seca, ni quemada, ni polvorienta, como en los paisajes de fin de verano, que estamos acostumbrados a ver en la zona central

de Chile. Fresco, colorido, de pasto muy verde, con casas de factura idéntica. Un paisaje favorecido por el clima lluvioso de Yugoslavia, y por la total ausencia de letreros comerciales.

La ciudad de Ljubljana es elegida seguidamente para congresos internacionales, porque tiene recintos habilitados para ello, con fonos de traducción simultánea y otras exigencias. Las reuniones se efectuaron en el Slovenia Magistrat (Intendencia de Ljubljana). El suntuoso recinto. ¡Qué pisos! ¡Qué puertas! ¡Qué paredes!, había sido hecho para cobijar emperadores, emperatrices, noblezas ya desaparecidas. Y en 1966 deambulaban con sus vestimentas y con sus ideas para debatir *El Nacimiento de un Libro Infantil*, escritores, críticos, profesores, bibliotecarios, traductores, dibujantes, editores de literatura para niños de dieciséis países europeos, tres iberoamericanos y Estados Unidos.

Aparte del Congreso, cuál es la realidad yugoslava que yo vi. Innumerables conciencias y sensibilidades han transformado el acontecer, ese acontecer misterioso hasta para aquellos en quienes recaen los acontecimientos.

Las revoluciones son el “no puedo más”, una fuerza que destruye lo que ya no se puede sopor-

tar. Todas las revoluciones se han llevado a cabo para romper encadenamientos, para alcanzar algo hasta entonces vedado, para derrocar o destruir ciertas cosas e implantar otras.

Otras son las significaciones en Yugoslavia, otros los significativos. Ya no son los reyes, sus dinastías, su poder, sus riquezas. Los privilegiados son otros. Y ese vuelco ha demostrado que otros seres, no por herencia familiar, pueden ser importantes, dirigir. Como nadie es insignificante a otros le han tocado las significaciones. Se ha aprendido a vivir con poco dinero, sin hacer dispendios, deslustrando el brillo superfluo de tantas prácticas. Los becarios —al menos los estudiantes chilenos que conocí— recibían una insignificancia en dólares y aseguraban que con ello se pasaba bien. Se educa en el sentido de que no exista el ansia de poseer, de atesorar. La influencia de los avisos comerciales no existe. Nadie compra algo tentado por un aviso sugerente. No se sugestionan con avisos a comprar lo innecesario.

La calle Miklosiceva fue mi andar de todos los días. Ahí vi pasar, al alcance de mi mano, de pie en automóvil abierto, a Tito y al Presidente de la Alemania Democrática. El mariscal Tito iba sobriamente vestido con un sencillo impermeable

negro. Las condecoraciones que en otras oportunidades luce en su pecho estaban ausentes. Yo portaba mi máquina fotográfica cuando pasaron los dos presidentes. Pero, como no retrato presidentes, ocupé el momento preciso en fotografiar a un niño yugoslavo que los recibía con un gran letrero de saludo: DOBRODOSLA tov., W. ULBRICHT in tov. TITO (Bienvenido camarada Walter Ulbricht y camarada Tito).

No soy la reina de Gran Bretaña, para que a mi paso pinten ventanas en casas que no las tienen, para impresionarme favorablemente y ver lo bien que está mi reino.

Lejos estoy del zar de Rusia, para quien se pusieron casas de cartón en los campos despoblados por donde pasaba su carruaje.

Ni el paisaje, ni las personas, ni los hechos se disfrazaron para mí.

Antes del adiós a Yugoslavia, vino como regalo el conocimiento turístico de la parte de Eslovenia, que llega hasta el mar.

Conocer el mar Adriático tuvo para mí una especial emoción. Mis poros embebieron algo del pasado en el que habían vivido mis padres. Lo toqué y era tibio como siempre ellos repetían. El panorama era subyugante.

Yugoslavia es hermosa. Sin ser selvática, la vegetación frondosa, exuberante y la tierra, junto con la variedad de los vegetales da tonos intensos. El mar Adriático es tranquilo, tiene como una intimidad casi exclusiva de Yugoslavia, tanto que en el extranjero al formar grupos de algo, los denominan con el nombre del mar. En Santiago de Chile, el coro se llama "Jadram", la sociedad de beneficencia de señoras "Jadranska Vila".

Me hubiera gustado quedarme más tiempo en Yugoslavia. Para siempre no. Las excelencias de Yugoslavia no son para mí. La sentí ajena a mi destino. Estaba contenta de haber podido conocerla y de estar de visita en los lugares que recorrí. El primer día se llora de contemplar tanta belleza. Pero, en los días subsiguientes, se llora por no poder soportarla, si no se tiene dinero, amigos, trabajo, quehaceres, distracciones, vida personal.

Cuando vi la película *Alicia ya no vive aquí*, en que la protagonista, por diversos motivos, cambia tres veces de domicilio, me pareció inadecuado el título. ¿Por qué? Porque yo, en mi vida santiaguina, me he cambiado *veintidós* veces: 8 en el primer matrimonio, 6 en la viudez, 8 en el segundo matrimonio.

A mí sí, que en la película de mi transcurrir, me vendría el título: *Pepita ya no vive aquí*.

Y pensar que lo más anhelado es haber tenido el refugio de una casa propia y no haberme mudado jamás. Sólo que como tengo afición de decoradora, habría cambiado muebles, cortinas, objetos, el color de las paredes, algo así como el prosenio de un teatro fijo, en que la escenografía se adapta a lo que allí está aconteciendo. Y sobre todo la luz, adecuar la luz para embellecer los ambientes, los rostros y los momentos del vivir.

Else Lasker-Schüler —escritora y poeta judía alemana— ha expresado lo que se identifica con mi ansia permanente de rodearme de lo que siento mío y de mi gusto: “El pellejo, la piel del Hombre es su casa . . . Nunca, viviendo como locataria en edificios de piedra ajenos . . . mi cuerpo y mi alma encontraron reposo”.

He dicho tantas y tan desemejantes cosas. Quizás alguien quiera saber si tengo hijos no literarios.

Como Oreste Plath y yo éramos viudos sin hijos, para compensar tal deficiencia, al casarnos, tu-

vimos mellizos —hombre y mujer— que ya han cumplido treinta años.

He tratado de ser la menos estorbante de las madres. Y ellos son los menos estorbantes de los hijos. He cultivado el alejamiento que deja hacer hasta lo que no quiero que se haga. Mis hijos no son Yo. El vientre materno sólo es encierro mientras el hijo no nace. Ya en el mundo ha de desprenderse. La sustancia de la vida de un hijo configura la capacidad generativa y dadora de la herencia. Pero, su encarnación, no es motivo para una salvaje propiedad.

Entre todo lo que soy —o podría haber sido—, lo más esencial es que soy *escritora*, sensitivamente, emocionalmente, cerebralmente.

Llegué a ser escritora porque el ansia de expresar formaba parte de mi índole. Escribir es una necesidad desesperada. Sólo que al principio no tenía el léxico suficiente, ni amaba las palabras como las amo hoy, con el enriquecimiento del lenguaje y del pensamiento.

Puedo decir que todo lo que publiqué antes de *MultiDiálogos*, fueron páginas en agraz: antes de sabor y tiempo. De entre ellas, tal vez prefiera

“Walt Whitman, cotidiano y eterno”, ensayo biográfico que es una Separata de los Anales de la Universidad de Chile (1942). “Sombras y Entresombras de la Poesía Chilena Actual” (1952), insinúa el escarbamiento mental que predispone a búsquedas. “6 Cuentos de Escritores Chilenoyugoslavos” (1960), se hizo por el Instituto Chileno Yugoslavo de Cultura, con motivo del sesquicentenario de Chile, para destacar a intelectuales descendientes de los pioneros yugoslavos y ellos configuran la razón de este libro. Después, el no haber llegado a la imprenta durante 17 años, tuvo sus motivos y no fue el haber dejado de escribir. En ese lapso rompí una novela que tuve guardada quince años y que me dejó de gustar. Se llamaba “Una mujer escucha”. Terminé un libro de viajes, “12 millones de segundos en Europa”, y mil páginas de *MultiDiálogos*, de entre las que elegí doscientas. Son las que recién (1978) ha publicado Nascimento. De otros asuntos que trato con mis dialogantes cómplices, podría reunir material suficiente para varios libros más.

La estructura de los *MultiDiálogos* podría definirse como poca literatura y mucho pensamiento. Acosada por reflexiones y lecturas decantadas, esgrimo en forma recurrente diversidad de con-

ceptos. Fabrico los diálogos silenciosos, vastos y ricos, donde no estorban los posibles desagradados físicos. Atraigo hacia mí, libremente, a personas hace tiempo desaparecidas y a tantas existentes con las cuales jamás me encontraré, más que a otras con quienes he dialogado en forma directa.

Para leer siempre busco papel y lápiz, igual que para escribir, porque generalmente copio de lo que leo o sobre lo que leo. Eso me ha hecho *multidialogante*. Mi libro *MultiDiálogos* refleja esa característica. Puedo hacer ese tipo de redacción porque copio, retengo, guardo, analizo, medito.

El pasado, la muerte, desaparecen, porque traigo a mi presente seres que ya han dejado de existir, niños que han crecido. Las distancias se pierden, porque dialogo con astronautas soviéticos, con pensadores italianos. Los trechos geográficos se eliminan, los trayectos no cansan. El acercamiento es lo único que cuenta. Los *MultiDiálogos* no son críticos, sino analíticos. Son una búsqueda intelectual en temas predilectos. La identificación con lo que se escucha y se lee es su línea directriz. Y la retentiva es su motivo. Como es mucho lo que se olvida, esta manera de escribir es un desafío contra el olvido, un atesorar con ansia lo que no se quiere olvidar.

Los magallánicos tienen la característica de ser escritores zonales. Yo no lo soy. Mis intereses no empiezan ni terminan en una zona, ni siquiera en una época. Me acerco con la misma atención a Plotino (del año 200), que a Julio Cortázar (de estos años que se acercan al 2000).

Para mí, los libros inéditos no son el futuro feliz. El libro inédito es una esperanza si se confía en él después. Pero, aunque siempre es posible esperar mientras queda vida, para mí el porvenir sólo puede proyectar la débil esperanza de una desesperanzada.

El mérito del escritor reside en que lo editen y lo lean. Lo peor es cuando esto no sucede a tiempo. Espero que no haya una vida de ultratumba, en que estemos informándonos de lo que sigue sucediendo en la tierra. Sería para mí el peor de los castigos saber que he perdurado y que a *destiempo* brillo con lo que no se me dio como goce terrenal.

No creo ser materialista, pero nunca me ha interesado el más allá, sino el más acá: los días, los minutos, los segundos de *esta* vida. Y en esta, considero que ya no tengo futuro. El anatema de lo que me queda por vivir es que ya **TODO ES DEMASIADO TARDE.**

EN LA SERIE

**¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS
CHILENAS?**

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone
Pepita Turina

UNIVERSIDAD DE CHILE
CENTRO DE INVESTIGACIONES
ECONÓMICAS Y SOCIALES

SECC. CHILENA



EDITORIAL NASCIMENTO